

890

Para la Biblioteca Nacional

E-812-GALL

EMILIO GALLEGOS DEL CAMPO

Quito.

Julio 1913.

El Autor

Honra de Obrero

DRAMA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA

GUAYAQUIL

LMP LA REFORMA.- CASA EDITORIAL-4488

1911

Emilio Gallegos del Campo

Ed.

Honra de Obrero

DRAMA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA



GUAYAQUIL

IMP. LA REFORMA.—CASA EDITORIAL—4456

1911

HONRA DE OBRERO

Drama en 3 actos y en prosa,
estrenado en el antiguo Teatro "Olmedo" de Guayaquil,
en la noche del lunes 28 de Noviembre de 1898.

REPARTO

CARMEN	Sra. MARI
ROSA	„ Guasch
OBRERA	„ Franco
SEÑOR PEDRO	Sr. Ceballos
DANIEL	„ SERRADOR
JORGE DE LUNA	„ Coss
DON JOSÉ.....	„ Guasch
PEPIN.....	„ Herrero
PACO.....	„ Franco
OBRERO	„ Aragón
UN GUARDIA.....	„ Sánchez

La acción pasa en un pueblo cerca de Madrid. Epoca actual.

BIblioteca Nacional
QUITO-Ecuador

ACTO I

La escena representa el patio de una casa de vecindad. Puerta al fondo. A derecha é izquierda puertas, en primero y segundo término. Un banco.

ESCENA I

PEPIN, PACO, ROSA, OBREROS

PEPIN. Pues yo lo he visto, amigos míos; lo he visto y me he quedado asombrado. Jamás creí que las mujeres engañaran tan cruelmente.

ROSA. Pero eso que nos cuentas, no es posible, Pepín. Vamos, que yo no lo creo.

PACO. Ni yo.

OBRERO. Ni yo.

OBRERA. Ni yo.

PEPIN. ¡Qué! ¿Dudáis de lo que os digo?

PACO. Sin una prueba terminante, no podemos creer lo que se dice de esa pobre muchacha.

PEPIN. ¿Queréis pruebas? Pues bien; yo las tengo.

PACO. Vengan.

PEPIN. Aquí está. (Sacando una carta) Es una carta. La encontré esta mañana en el cuarto de don José y debe Carmen haberla descuidado. Cartas como esta que delatan, deben cuidarse mucho. No; es preferible quemarlas para que no divulguen ciertos secretillos que mejor estarían refundidos en un montón de cenizas.

ROSA. ¡, cómo la conseguiste?

PEPIN. Al entrar esta mañana en el departamento de D. José, la encontré arrojada por el suelo. Os juro que mi primera intención fué no tocarla; pero ¿qué queréis? Bien dicen que la curiosidad es la madre de todos los vicios

- y á mí, francamente me hacía cosquillas el papelito. En fin, que la he leído y me he enterado de algo, pero de algo muy grave.
- ROSA. A ver; y ¿qué dice?
- PEPIN. Pero no seas impaciente, mujer. Para enteraros de lo que dice, tengo ciertos recelos, porque este es un secreto que debe guardarse.
- PACO. Lo que es por mí, duermes tranquilo; sabré guardarlo.
- ROSA. Lo mismo digo.
- OBKERO. Y yo.
- OBKERA. Y yo.
- PEPIN. Bien. [Con misterio]. La carta es de Carmen.
- VARIOS. ¿De Carmen?
- PEPIN. Sí; oid. [Leyendo] "Querido Jorge". ¿Ya lo oís? Es para don Jorge; para el señorito aquel que llegó al pueblo hace poco y la persigue sin descanso; para el que viene todas las noches al pie de ese balcón y.....pero sígamos. (Leyendo) "En esta lucha tenáz que sostenemos, al fin has salido vencedor. Bien sabes cuánto te quiero; tanto que por tí he hecho el más grande sacrificio: el de la tranquilidad de toda mi vida. Si no cumples tu promesa, hablaré á mi padre de tu proceder; pero confío en que tú, tan bueno, tan noble, tan generoso, me harás tu esposa y con ello la felicidad de tu Carmen."
- PACO. ¿Conque era verdad?
- PEPIN. ¡Tan verdad como este puñado de cruces. Cuando yo lo decía.....
- ROSA. Jesucristó. ¡Quién lo creyera!
- PACO. Una muchacha tan buena, tan inocente al parecer.
- PEPIN. Pero..... pero no seas lila, hombre de Dios. Así es la mayoría de las mujeres. La que menos te imaginas es una fierecilla que esconde la garras mientras no halla ocasión de dar un golpe certero. Pero esto que os he contado, no es todo. Hay más.
- VARIOS. (Con asombro) ¿Más?
- PEPIN. Sí; escuchad: la otra noche que regresaba yo de la ciudad, á donde había ido por un médico para el señor Pedro que se puso malo; al llegar á la esquina de esta calle, vi un bulto al pie de la ventana de la casa de don José. Iba á seguir mi camino, cuando el desconocido, que sin duda comprendió mis intenciones de descubrirle, se acercó á mí y poniéndome una mano en el hombro, me dijo: Oye, chiquillo, ¿sabes quien vive en esta casa? Sí, le respondí, allí vive don José, mi principal en el trabajo. Pues es necesario replicó, que subas hasta esa ventana y entregues esta carta á Carmen. Señor, le dije, Carmen ama á Daniel y Daniel es un buen muchacho para que yo contribuya á hacerle daño. El señorito lanzó una carcajada. ¿Que Carmen ama á Daniel? Pero tú estás loco. Carmen no ama á otro hombre que á mí, ¿entiendes? Ea, vamos galopín, que no te pesará; y poniéndome en la mano dos duros, prosiguió: Sube hasta esa ventana y arrójala por allí; es todo lo que deseo. Os juro que el recibir aquellos dos duros me avergonzaba; pero al mismo tiempo quería convencerme de ese enredo; así es que, ágil y resuelto, comencé á escalar las rejas hasta llegar á la ventana y alcancé á ver á Carmen que se alejaba precipitadamente por las habitaciones interiores. Arroqué la carta y descendí.—Está listo, señor

- dije al caballero. Gracias muchacho, respondió; y que guardes secreto de lo que has visto. Y lo he guardado ¿eh? A nadie he confiado esto más que á vosotros y creo que por vosotros no se sabrá.
- VARIOS. Pierde cuidado.
PEPIN. Seguí á mi casa pensativo. Así como vosotros hace poco, yo no creía en ese enredo, pero los hechos me lo han demostrado. Carmen ama á don Jorge, no hay que dudar.
- ROSA. Pobre Daniel.
PACO. Parece que él es el que más sufra.
PEPIN. Sí, pobre muchacho. Todo un valiente ¿eh? Y cuánto quiere á Carmen. Aquel ya no es amor; es pasión, es locura. Y ella le engaña.
- PACO. Sí; porque hay que convenir en que Carmen miraba con buenos ojos á Daniel.
ROSA. Y le distinguía entre todos los muchachos del pueblo.
PEPIN. Mejor dicho, le amó hasta que llegó el señorito; digo si amor se llama un sentimiento que puede arrojarse del corazón, así con tanta facilidad, como quien arroja una blusa vieja para cambiarla con una nueva.
- PACO. Si él llegara á enterarse de la carta, quién sabe qué pasaría.
PEPIN. Silencio, que ya baja don José con el señor Pedro.

ESCENA II

DICHOS, DON JOSÉ, el SR. PEDRO

- D. JOSÉ. Buenos días os dé Dios, amigos míos.
PEPIN. Lo mismo deseamos á usted, don José; y á usted señor Pedro.
- Sr. PEDRO. Gracias chiquillos.
D. JOSÉ. Y Daniel? No baja aún?
Sr. PEDRO. No tardará. Es muy cumplido ese muchacho.
- D. JOSÉ. Pues nosotros marchemos al trabajo. Ya es hora.
VARIOS. Vamos. (Vánse por el foro).
Sr. PEDRO. Id con Dios.

ESCENA III

SEÑOR PEDRO

Así marchaba yo al trabajo cuando la juventud me animaba con sus ardores; así como ellos tranquilo y satisfecho. Hoy ya mi cuerpo se inclina; estoy viejo y enfermo. (Pausa) Esta vida del obrero, qué noble es y cuánta virtud encierra! Inmensa compasión me inspiran esos señorones y señoritos de ciudad, que llevan una

vida de disipación y de aventuras. El dinero es su Dios, su todo. El amor, la nobleza, el título, basta la honradez y la virtud se consiguen con un puñado de oro, aún cuando este sea el producto de crímenes y vilezas. Buena prueba de ello es lo que le pasa al pobre y honrado Daniel. Ama con inmenso cariño á Carmen y ella le desprecia por un mozalvete mal intencionado que jamás podrá hacerla feliz. Es ley social, y en las leyes sociales hay tantas miserias!

ESCENA IV

DICHO, CARMEN,

CARMEN. Señor Pedro, ¿cómo vá? Está usted mejor de sus males?

Sr. PEDRO. Hola, hija mía; mis males ya no desaparecerán; la vejez es un mal incurable. Como tú quizás algún día padecerás de ese mal sin remedio, procura aprovechar la juventud que empieza á sonreírte, y á ser juiciosa, porque de los errores de la juventud resultan las desgracias de la vejez.

CARMEN. [ap.] Empezó el sermón. [alto] Yo, señor Pedro, espero aprovecharla, ya que para eso tengo sus buenos consejos y los de mi padre.

Sr. PEDRO. Eso no basta, hija mía. Pero ya que veo estás pronta á escuchar mis consejos, voy á decirte una cosa, de que he deseado hablarte hace algún tiempo.

CARMEN. ¿Qué desea usted hablarme?

Sr. PEDRO. Sí, hija mía,

CARMEN. Ah! Tal vez de Daniel, ¿es verdad? Mire usted, señor Pedro; ya Daniel me fastidia con sus exigencias y sus deseos imposibles. Yo no le amo; no nace en mi corazón cariño para él; no puedo quererle más que como á un hermano, como á un amigo de la infancia; qué he de hacer yo?

Sr. PEDRO. No haberle engañado, dándole esperanzas que no has pensado en cumplir. No haber prometido un cielo de felicidad á ese corazón generoso y sincero, para luego arrojarle al abismo de la incertidumbre en que hoy se encuentra. ¿Quiéres más aún?

CARMEN. Pero, señor Pedro, si yo nada le he prometido: ninguna esperanza de amor; ningún cielo de felicidad como usted dice. Si él ha creído que mis manifestaciones de amistad eran la aceptación de su cariño, se ha equivocado, de seguro.

Sr. PEDRO. Mira Carmen, yo soy un viejo amigo de tu padre; te he visto nacer y te he mecido en mis brazos, arrullando tus sueños inocentes. Este cariño que siento por tí, me obliga á hablarte con entera franqueza. Tú no amas á Daniel porque estás enamorada de ese don Jorge que vino hace poco al pueblo y que te persigue sin descanso. ¿Es verdad?

CARMEN. Pero, señor Pedro, ¿quién ha dicho.....?

Sr. PEDRO. Nadie lo ha dicho, Carmen, pero todo el mundo lo comprende en las manifestaciones que os hacéis.—Vosotros ignoráis que aquí como en todas partes, hay ojos imprudentes que persiguen una mirada que se escapa de vuestros ojos; una sonrisa que sale de vuestros labios; un suspiro que brota de vuestros pechos; y que esa mirada y que esa sonrisa y que ese suspiro, hacen formar comentarios dolorosos para el buen nombre de una joven como tú. Pensáis que nadie os vé. Ya sabes el cantar:

Piensan los enamorados,
piensan y no piensan bien;
piensan que nadie los mira
y todo el mundo los vé.

CARMEN. Pues están equivocados, señor Pedro. (ap) No puedo sufrir á este hombre; siempre con sus consejos y sus rancias ideas. (alto) Hasta luego, señor Pedro; mi padre me espera.

Sr. PEDRO. Sí; lo comprendo; te vas por no escuchar mis palabras; te disgustas el que te hablen así.

CARMEN. Hasta después, señor Pedro; ya hablaremos otro rato, cuanto usted guste. (Váse por el foro).

ESCENA V

SEÑOR PEDRO

Pobrecilla! Tiene fija esa idea. Oh, amor, amor, qué incomprensible eres y cómo te gozas en hacer sufrir á los corazones que te abren sus puertas. Ella es joven y bonita. Llegó al pueblo ese señorito y la vió. Claro! Es natural que la desee un hombre como él de posición y de fortuna. Pero él jamás la hará su esposa. No puede ofrecerle más que la deshonra, la desdicha. Pero yo debo impedirlo; debo hablar hoy mismo con José; debo evitar esta vergüenza á mi viejo amigo. ¡Le conozco hace tanto tiempo! Debo salvar á esa criatura del peligro que la amenaza; debo, en fin, hacer algo por el pobre Daniel. Ella vá por mal camino; evitémosle la caída. Si llegara á suceder; ¡pobre Carmen!

ESCENA VI

DICHO, DANIEL.

DANIEL. Siempre el nombre de Carmen; siempre me persigue; arrulla mis sueños; llena de luz mi pensamiento.

- Sr. PEDRO. Hola, Daniel, hijo mío. ¿Tan temprano al trabajo?
- DANIEL. Señor Pedro, ¿qué quiere usted? Los obreros no nos pertenecemos. Somos la gente máquina que funciona para poder vivir. Nosotros no tenemos más voluntad que la del patrón; ni siquiera tenemos aspiraciones. Usted lo sabe mejor que yo.
- Sr. PEDRO. Hoy estás filósofo, mi querido Daniel. Pero, vamos, ¿qué te sucede?
- DANIEL. Qué ha de sucederme, señor Pedro? Que.....pero no puedo..... no quiero..... no debo decirlo.
- Sr. PEDRO. Si en algo estimas mi cariño; si sufres como lo imagino; confíame tus penas, cuéntame tus pesares, que si no puedo consolarte, á lo menos lloraré contigo, compartiré tu dolor, seremos uno en la desgracia.
- DANIEL. Sí, señor Pedro; usted debe saberlo todo. Soy muy débil en querer á esa mujer. Pero yo, ¿qué he de hacer? Créame usted que tengo un nudo aquí, en la garganta, que me ahoga; y un dolor en el corazón, que me mata. Yo no sé qué irá á pasar aquí, ni lo quiero pensar.
- Sr. PEDRO. Vamos, Daniel, no seas niño.
- DANIEL. Niño! Ojala lo fuera, señor Pedro. Ojalá estuviera aún en esa edad en que el corazón es una flor cerrada á las caricias de la brisa.—Sí; ojalá lo fuera. En el corazón de los niños no se desata como en el de los hombres la tempestad de los celos, y si en el de los hombres no hay suficiente poder para contrarrestarla, yo no soy un hombre, señor Pedro; soy un loco, pero un loco desenfrenado; capaz de arrostrarlo todo; capaz de aplastarlo todo; todo, hasta á ella..... Mire usted cómo será mi locura, cuando, digo que hasta á ella.
- Sr. PEDRO. Calma, Daniel, calma.
- DANIEL. Y me pide usted calma! A mí, que he saboreado primero, el hielo de la indiferencia; después, lo amargo de la duda; por último, lo horrible de la realidad. No, señor Pedro; desde que ese hombre ha venido aquí á robarme el cariño de Carmen, desde que ese mozo—¡maldito sea!—ha venido á quitarme el puesto que tenía en su corazón, me siento otro. Yo quisiera probarle, frente á frente con él, que todos sus títulos, que todas sus riquezas no son sino miserias humanas; que el noble que como él descende hasta el honrado hogar del infeliz hijo del pueblo para robarle la tranquilidad y la dicha, no tiene más corazón, ni más alma, ni más coraje, que el desheredado obrero Daniel, nacido en un jergón de seca paja, aquí en la humilde choza de un pobre pueblo.
- Sr. PEDRO. (ap) Hay tanta verdad en sus palabras, que no me atrevo á replicarle. (alto) Pero vamos, Daniel, ¿tienes tú razones para asegurar que aquello sea cierto?
- DANIEL. Razones! ¿Y no son razones muy claras las marcadas pruebas de afecto de Carmen para con él? ¿Qué? ¿No ha reparado usted en la frialdad con que ella me trata y en la ironía con que me mira ese miserable? ¿No sabe usted lo que se murmura; lo que oí ayer tarde? Pues bien: se dice que ella le espera en altas horas de la noche desde su ventana; que yo soy la burla de los mozos del pueblo, quienes me tienen hasta compasión. (transición) Que me odien, lo concibo; que me ataquen, que me hieran, puedo sufrirlo; pero que me compadezcan, oh, no, señor Pedro, yo le juro á usted que eso ni lo soporto, ni lo soportaré.

- Sr. PEDRO. Escucha, Daniel; debes tener calma. Procura conocer la verdad. Muy triste sería para tí, presentarte como un celoso infundado. Además, tú..... no podrías alegar derecho alguno sobre Carmen.
- DANIEL. Es verdad, señor Pedro; yo no puedo obligarla á que me quiera, porque no tengo oro para arrojarlo ante sus plantas.
- Sr. PEDRO. Daniel! Si amas tanto á Carmen, como dices, ¿por qué la insultas así?
- DANIEL. Si no la insulto, señor Pedro: si es que á veces no sé lo que digo; si he llegado á creer que ella se deja arrastrar por el brillo deslumbrante de ese vil metal. Hablo locuras; ¿verdad? No haga usted caso de mí. Mi cerebro no está bueno.
- Sr. PEDRO. Vé, pues, al trabajo. Deben esperarte.
- DANIEL. Es verdad. Ya es la hora. Hasta luego, señor Pedro. (Se dirige á la puerta del fondo; pero á la llamada del señor Pedro, regresa y le dá un abrazo)
- Sr. PEDRO. Daniel. (Abrazándole) Hijo mío; confía en Dios.
- DANIEL. Que confíe en Dios! Si ella es mi ángel bueno, mi Dios, y hasta de ella dudo. (Váse)
- Sr. PEDRO. Pobre muchacho. [Váse derecha]

ESCENA VII

JORGE, (por el foro)

No hay nadie: Puedo entrar. Si al menos estuviera sólo don José, le hablaría, y ¡jalaro! me creerá. ¿Desde cuándo Jorge de Luna, recibido en los aristocráticos salones de Madrid, no tendrá cabida en la pobre casa de un obrero? Ps. Cuento para ello con el cariño de la chiquilla; como que lo principal ya lo he conseguido. Qué chasco van á llevarse cuando se enteren de que el pájaro ha volado de la jaula! Y después, que envíen cazadores hábiles para darle caza. Oh, me voy á divertir. Todo lo tengo previsto para el viaje. La llevaré allá, al ruidoso Madrid, para que luzca su belleza. Qué envidia tendrán mis amigos del Club, al comparar á mi Carmen con sus bellezas adocenadas; y qué rabia la de mis antiguas conocidas, ante la hermosura fascinadora de esta mujer. [Pausa.] Pero ahora caigo en un inconveniente que se me presenta. Ese Pepín está enterado de nuestros amores. Le encontré la otra noche y aún hice que le entregara una carta. Y Daniel, ese mozo del pueblo que dicen la quiere entrañablemente. Pero, no; que han de atreverse. De todos modos, ya les haremos estar quietos. [Se oyen ruidos y voces de gente que se acerca.] Eh? Oigo ruido. ¿Qué habrá pasado? No es aún la hora de regresar del trabajo. Y parece que se acercan. Pronto lo sabremos. Aquí me escondo. (Se oculta en una puerta de la izquierda)

ESCENA VIII

PEPÍN, PACO, ROSA, SEÑOR PEDRO, OBREROS

PEPÍN. Señor Pedro, señor Pedro.

Sr. PEDRO. (Sale por la derecha) Que hay, muchachos; qué ruido es ese?

PEPÍN. Venga usted acá y le contaremos. Es inimitable, asombroso, lo que ha hecho Daniel.

ROSA. Es todo un hombre.

Sr. PEDRO. Vamos, habla pronto.

PACO. Si me parece que veo al pobre don José, tendido en media calle, muerto.

Sr. PEDRO. Acabaréis de una vez?

ROSA. Cuenta tú, Pepín.

PEPÍN. Figúrese usted, señor Pedro, que salimos de aquí, no hace mucho, para la fábrica de la iglesia que tenemos en construcción y hemos prometido entregar para la próxima cuaresma. Una vez allá, como de costumbre cada cual ocupó su puesto. Don José subió á la primera glorieta de la torre para terminar el trabajo de albañilería que está inconcluso. De pronto, formose una disputa en la calle, entre dos mozos del pueblo, y, ya fuera porque le sobrevino un vértigo al mirar hacia abajo, ó porque le falseó la tabla, lo cierto es que don José cayó lanzado en el vacío. Por un milagro asombroso, y permítame usted crea en los milagros, la blusa que llevaba don José, se enganchó en uno de los andamios de la fábrica y el maestro quedó vacilando en esa altura. Volvióse todo una confusión. Era imposible llegar hasta donde se hallaba don José y no había tiempo que perder pues ya su ropa se desgarraba con el peso del cuerpo. Cuando de pronto hemos visto á un hombre que venía á carrera por la calle que dá á la iglesia y entrando en ella, voló más que subió las escaleras de la torre. Diez segundos después estaba arriba. ¿Sabe usted, señor Pedro, quien era ese hombre? Era Daniel, que exponiendo su vida, iba á salvar á ese hombre de una muerte cierta.

Sr. PEDRO. Heroico ejemplo y no podía esperarse otra cosa de ese noble muchacho.

PACO. Daniel salió mucho más después de nosotros, de manera que no sabía quien era el que estaba en peligro.

Sr. PEDRO. Más nobleza aún.

PEPÍN. Una vez arriba, ató un fuerte cabo á la barandilla principal de la glorieta y descendió hasta el andamio en que estaba pendiente el maestro, desmayado. Sujetóle el cabo en la cintura, pero la bajada era imposible; era mucha la altura. Entonces hemos visto á Daniel que con arrojo sobrehumano, empezó á subir á pulso hasta colocar á don José en el piso superior de la glorieta. Estaba salvado. Inmediatamente corrimos todos y le bajamos, y le traemos, y aquí está: mírelo usted.

ESCENA IX

DICHOS, CARMEN, DANIEL DON JOSE (Apoyado en brazos de Daniel y Carmen)

D. JOSÉ. Ay, Pedro, amigo mío.
Sr. PEDRO. Todo lo sé y deja que abrace á este valiente muchacho.
(Abrazando á Daniel)
D. JOSÉ. Sí; sino hubiera sido por él, quién sabe dónde estaría ahora tu pobre amigo.
DANIEL. Pero señores, yo no he hecho nada que pueda asombrar. Sólo he cumplido con mi deber.
Sr. PEDRO. Y todo lo que acabas de hacer por José, ¿te parece poco? No, Daniel, eres un guapo muchacho. Lo mereces todo.
DANIEL. (ap) Todo, menos á ella.
CARMEN. (ap) Cumpliré mi juramento. Dios tome en cuenta mi sacrificio.
Sr. PEDRO. Congue, vamos adentro; hoy es día de regocijo. Haremos fiesta que dedicamos á Daniel.
VARIOS. Bravo.
DANIEL. Gracias, amigos míos.

[Vánse todos por la derecha; Daniel de los últimos. Carmen, que habrá quedado en medio proscenio, le detiene.]

ESCENA X

DANIEL, CARMEN, JORGE, (oculto).

CARMEN. Daniel. Si me permites una palabra. Tengo que hablarte.
DANIEL. Habla, Carmen, ¿qué deseas?
CARMEN. Hoy un accidente imprevisto, casi me deja huérfana y sumida en inmenso pesar. A no ser por tu arrojo y valor, mi pobre padre no existiría. Creo, pues, muy justo que el día de hoy lo celebremos con algo extraordinario. Tengo un proyecto en el cual tú has de ayudarme.
DANIEL. Creo muy justo tu regocijo, Carmen. Vamos, dime de que se trata.
CARMEN. Pues bien; quiero casarme.
DANIEL. ¡Quién! ¿Tú? Casarte tú? Qué cruel eres, Carmen, y cómo gozas en hacerme sufrir.
CARMEN. Tu impaciencia no me deja terminar de expresarte lo que deseo.
DANIEL. Que asista á tu boda, ¿verdad? Vienes á invitarme á tu casamiento, cuando sabes que moriría de dolor si pertenecieras á otro hombre que no fuera yo.
CARMEN. Si me escucharas con calma, ni morirías de dolor, ni me llamarías cruel.
DANIEL. Bien; pero dime el nombre del que has elegido para esposo. Su nombre, nada más.

CARMEN. Toma; pues quién ha de ser? Tú.
JORGE. (Oculto) Traidora.
DANIEL. (Con asombro y arrebató) ¿Yo? Pero es verdad lo que oigo? No; tú te burlas, Carmen. Es imposible esto de salir de entre las llamas de un infierno, para ir á gozar gloria eterna en el Paraíso de tu amor. Repítemelo, Carmen. Sí; di que es verdad lo que acabas de decirme; que no sueño; que serás mía; sólo mía.
CARMEN. Sí, sí, Daniel; todo es verdad. Sólo una cosa exijo de tí. Una sólo.
DANIEL. Oh, habla, habla.
CARMEN. Que nuestra boda ha de celebrarse esta misma noche. Ya ves tú que debemos festejar este dichoso día.
DANIEL. Ah! Sí; hoy mismo. Voy á hablar con don José.
CARMEN. Vé. Aquí te espero.

ESCENA XI

CARMEN, JORGE.

JORGE. [Saliendo repentinamente] Carmen, ¿es verdad lo que acabo de oír?
CARMEN. Jorge! Tú aquí! Si has escuchado lo que acaba de pasar, vete muy lejos. Todo ha terminado entre los dos.
JORGE. Pero esto es imposible. Carmen. Carmen. No puede ser
CARMEN. Sí; vete; márchate y olvida lo pasado.
JORGE. Pero al menos dáme una explicación. Yo te la exijo, Carmen.
CARMEN. Nada puedo decirte, Jorge.
JORGE. Oh! Pero es que yo te amo como nadie te amó en el mundo. Si tú me amas también, ¿qué obstáculos hay para nuestra dicha?
CARMEN. Repito que te vayas y que lo olvides todo.
JORGE. Bien; me voy. Adios, Carmen. (Avanza hasta la puerta del foro) Sé que me amas; tu amor me abrirá de nuevo las puertas del Paraíso. Ya nos veremos Carmen. (Váse).
CARMEN. Dios mío; ya ves que cumplo mi juramento á costa del más grande sacrificio.

ESCENA XII

Todos, (menos Jorge)

D. JOSÉ. Hija mía, todo lo sé. ¿Su esposa? [Abrazándola]
CARMEN. Sí, padre.
D. JOSÉ. Dios os bendiga, hijos míos.
PEPIN. (ap) Pues señor; cada vez lo entiendo menos.
DANIEL. Hoy es un día de Gloria para mí!
Sr. PEDRO. (ap) El corazón de la mujer es un abismo.

TELÓN

ACTO II

La escena representa el descanso de una casa de vecindad, segundo piso. Puertas en el foro derecha é izquierda. En primer término, bancos á derecha é izquierda.

ESCENA I

PACO, ROSA

PACO. Mira, Rosa, que es raro lo que pasa de ayer á hoy, aquí.
ROSA. Qué quieres decir?
PACO. Que no comprendo este cambio tan brusco de sentimientos en Carmen. Ya ves tú que la carta que nos enseñó Pepín, es prueba suficiente de que Carmen amaba al señorito, y aspiraba á casarse con él.
ROSA. Pues se habrá convencido de que ese hombre no era para ella. Hubiera sido desgraciada con el señorito.
PACO. Pues no lo será menos con Daniel.
ROSA. Y en este momento deben estar casándose.
PACO. Y nosotros, ¿cuándo hacemos lo mismo?
ROSA. Es mía la culpa? hombre de Dios.
PACO. Lo que es por mí.....

ESCENA II

DICHOS, PEPIN, (por el foro)

PEPIN. Ya está todo concluido.
ROSA. ¿Se casaron?

PEPIN. No hace diez minutos. Si demoran en venir, es á causa del desmayo de Carmen.
ROSA. Cómo, ¿que Carmen se ha desmayado?
PEPIN. Después de pronunciar un sí, que parecía lo arrancaban con tenazas de sus labios.
PACO. Y Daniel?
PEPIN. Daniel callado y pensativo; triste á la vez. A ese muchacho vá á pesarle haberse casado con Carmen.
ROSA. Toma, ¿y por qué ha de pesarle?
PEPIN. Pues claro; porque ella no le quiere.
ROSA. Y si no le quiere, ¿por qué se casa con él?
PEPIN. Allí está el misterio.
PACO. Yo no lo comprendo.
PEPIN. Ni yo; porque en verdad me consta que Carmen, hasta hoy ha preferido al señorito. También es cierto que antes de que don Jorge llegara aquí ella miraba con buenos ojos á Daniel.
ROSA. Sí; y era el preferido por ella.
PACO. Y Daniel es un mozo que la merece.
PEPIN. Pues ya lo creo que la merece; como que es un muchacho honrado á carta cabal y todo un valiente.
ROSA. Y guapo por añadidura.
PEPIN. Ea; aquí están; ya suben.

ESCENA III

DICHOS, CARMEN, DANIEL, SR. PEDRO,

DN. JOSÉ, OBBEROS

Sr. PEDRO. Por fin llegamos; ya no puedo casi caminar.
DANIEL. Carmen, ¿qué te sucede? ¿te sientes mala? Estas pálida. Reposa aquí un momento.
CARMEN. (Sentándose) Ya lo ves.....la impresión.....la ceremonia. Soy tan nerviosa.
D. JOSÉ. Bueno, hijos míos; á descansar que ya es tarde. ¿Te vienes Pedro?
Sr. PEDRO. Vamos.
D. JOSÉ. Hasta mañana, hija mía. [Abrazándola] Que seas tan feliz como lo mereces.
CARMEN. [ap] Yo feliz. ¡Que sarcasmo!
Sr. PEDRO. Bueno, Carmencita, hasta mañana. Y tú, Daniel, que no estés triste, ¿eh? Hoy es noche de alegría, hombre.
DANIEL. Gracias, señor Pedro, buenas noches.
[Vánse todos por el foro; Pepín que será el último, regresa y dice á Carmen y á Daniel]
PEPIN. Que se diviertan, ¿eh? [Váse]

ESCENA IV

CARMEN, DANIEL.

- [Permanecen en silencio largo rato, sentados en bancos distantes]
- DANIEL. [ap] Siempre la misma indiferencia; la misma frialdad que me martiriza. [Se levanta y se acerca á Carmen] ¿Vamos, Carmen?
- CARMEN. No, Daniel, déjame sola. Quiero estar sola.
- DANIEL. (Con extrañeza) ¿Que te deje sola? ¿Con quién mejor que conmigo puedes estar tranquila? ¿No soy tu esposo? ¿No eres ya mía, sólo mía?
- CARMEN. Daniel, te ruego que me dejes sola; lo suplico.
- DANIEL. Cómo! ¿Es así como se recibe á un esposo la noche de la boda? No te comprendo, Carmen. (Pausa) ¿Qué! Te callas? Oye: hace tiempo que he notado en tí algo extraño; sé que un secreto guardas para mí, y ahora que eres mi esposa, vengo á pedirte, á suplicarte, que me abras tu corazón. ¿A quién mejor que á mi puedes confiar lo que te pasa?
- CARMEN. Oye, Daniel: ¿quieres que hablemos con franqueza?
- DANIEL. Que hablemos con franqueza? Eso es lo que deseo hace tanto tiempo de todos los que me rodean. Que hablemos con franqueza? Sí; la verdad; quiero saber la verdad pura, limpia, libre de todo velo, de toda sombra que pueda ocultarla. Ahora no ruego, ahora no suplico, ahora exijo que me digas toda la verdad.
- CARMEN. Bien; siéntate; pero prométeme que has de oírme en silencio. Después que me hayas escuchado lo que voy á decirte, juzga como quieras, procede como quieras, has lo que quieras.
- DANIEL. Sí, te lo prometo y te escucho con el alma pendiente de tus labios. No puedes comprender lo que ansiaba que llegara este momento. Dos meses de eterno martirio; dos meses de crueles dudas, esperando oír de tus labios la verdad, y ahora vienes á proponérmelo! Carmen! Vamos, habla, cuenta, dímelo todo.
- CARMEN. Niña, muy niña era yo, cuando mi padre, establecido hacia algunos años en Madrid, me trajo á este pueblo huyendo de la ciudad, donde quedaba bajo la tierra húmeda y fría del cementerio, mi madre, la pobre madre mía. Desde su llegada aquí, comenzó á trabajar con empeño y constancia, logrando reunir un modesto capital y ocupar un lugar distinguido entre la gente de su gremio. Lo demás de mi infancia, lo sabes tú: aquí te conocí; hemos pasado juntos nuestra niñez y hemos jugado juntos sintiendo crecer en nuestros corazones un cariño de hermanos.
- DANIEL. Ah, no, Carmen.
- CARMEN. No me interrumpas. Algún tiempo después, me digiste que me querías, pero no con ese cariño fraternal, sincero, sino con esa pasión profunda que se llama amor, que enloquece al cerebro que le dá forma y martiriza al corazón que le abre sus puertas. Yo al principio no te creí; juzgué tus palabras como un juego de niños, pero á fuer-

za, de oírlo de tus labios y de escucharlo á las gentes del pueblo, me convencí de que era verdad, que me querías con un cariño distinto al que puede inspirar una hermana. Quizás yo hubiera correspondido á tu amor, si el cerebro de una mujer no estuviera siempre lleno de sueños imposibles y de caprichos de novela.

DANIEL. Carmen, ¿no comprendes que me haces daño?

CARMEN. Me has prometido escucharme en silencio y en silencio escucha.

DANIEL. Sigue, sigue.

CARMEN. Hace poco tiempo llegó á este pueblo un joven simpático, de hermosa presencia y finos modales. Me habló de amor y me dijo al oído cosas tan bellas, como yo nunca había escuchado, ni había leído en los libros, y ¿para qué negártelo?, llegué á amarle con pasión, con locura, con todo el amor de que es capaz una mujer como yo.

DANIEL. Carmen, me estás matando sin compasión. Si supieras que estás retorciendo mi corazón de un modo cruel con sólo tus palabras, no me dirías esas cosas que tanto daño me hacen.

CARMEN. Me has rogado primero y me has exigido después que te hable con franqueza y con mayor franqueza no puedo hablarte. Esta es la verdad; la que tú querías; la verdad pura, limpia, libre de todo velo, de toda sombra que pueda ocultarla. Yo no te hubiera hablado así nunca, pero tú lo has querido.

DANIEL. Sigue, sigue; ¿hay más aún?

CARMEN. Sí, Daniel y lo demás es tan triste y doloroso como lo que acabas de oír.

DANIEL. Ah, desdichada; ¿le amas todavía? ¿quieres manchar el nombre honrado que no há mucho te di?—Responde.

CARMEN. No; si ya no puedo amarle, Daniel. Hoy cualquier pensamiento de amor en mí, sería criminal.

DANIEL. De manera que si no te uniera á mi este lazo que sólo desatará la muerte, ¿le amarías? Responde. Entonces, ¿por qué te has casado conmigo?

CARMEN. Esa es otra parte que tienes que oírme con calma y luego darme tu perdón, Daniel. Sí, tu perdón, porque en esto he procedido indignamente. Esta mañana, mi padre estuvo á punto de sucumbir; tú le has salvado la vida.....

DANIEL. (Levantándose sobresaltado) Ah! Ya lo comprendo todo. Tú me has dado tu mano y me has engañado jurándome un amor que no has sentido jamás, para pagarme con tu miserable cuerpo, el servicio que presté á tu padre, ¿verdad?

CARMEN. No, Daniel. Cuando mi padre vacilaba aún en el andamio; cuando nadie se atrevía á salvarle la vida; yo juré por el Dios santo de los cielos que sería la esposa, la esclava del hombre que lo hiciera; y lo he cumplido, Daniel; te he engañado, es verdad, pero por eso te he pedido antes tu perdón. Ahora júzgame como te plazca; arrójame de aquí; has lo que quieras.

DANIEL. (La toma de un brazo y la lleva violentamente al centro del procenio) Oye, Carmen; eres una mala mujer; pero muy mala, ¿entiendes? Has despedazado las más bellas ilusiones de mi vida; me has hecho sufrir dos meses, que han sido para mí dos siglos, el más grande suplicio: el de la duda; me has encadenado con tu silencio criminal á un yugo que ha de pesarnos á ambos toda la vida, y

no contenta con eso, has arrancado mi corazón lo mismo que searranca una flor, y lo has arrojado en la mitad de la calle para que lo pisoteen cuantos por ella pasen y lo revuelquen en el lodo de tu infamia. Esta relación que acabas de hacerme, ¿es tu regalo de bodas? ¿Verdad? Pues bien; espera el mío. Voy á dártelo. (Se dirige hacia la puerta, en momentos, en que entra el señor Pedro, y le detiene).

ESCENA V

DICHOS, SEÑOR PEDRO.

- SR. PEDRO. A dónde vas?
DANIEL. Aquí.....en busca de algo.
SR. PEDRO. Ven acá. ¿Por qué llora tu mujer? ¿Qué le has hecho? ¿Que le has dicho?
DANIEL. Si quiere saber, señor Pedro, por qué llora mí..... mujer, preguntelo usted á ella que lo sabe mejor que yo.
SR. PEDRO. Seguro estoy que algo le habrás dicho. No se derrama llanto sin motivo.
DANIEL. Las mujeres lloran cuando les place, como también cuando les place destrozan un corazón y matan un porvenir con sólo una frase de engaño.
SR. PEDRO. Pero, ¿qué es lo que ha pasado aquí, entre dos recién casados, la misma noche de la boda? Vamos, Carmen, ¿qué dices tú?
CARMEN. Es verdad, señor Pedro; Daniel tiene razón. Yo sólo soy culpable de las lágrimas que hoy vierto.
SR. PEDRO. A ver, explícate. Dime lo que sucede.
CARMEN. Hemos tenido una conversación dolorosa y de allí resulta que yo he llorado; al fin soy mujer
DANIEL. Y muy dolorosa que ha sido nuestra conversación, señor Pedro; figúrese usted que ella ha llorado lágrimas de agua y yo lágrimas de sangre. Mire usted qué triste sería lo que tratábamos.
SR. PEDRO. Pero, vamos; que no lo entiendo. Yo sólo veo aquí á un hombre y á una mujer que acaban de unirse en matrimonio, y que ya ella llora, y que ya él se desespera, y no me parece natural lo que aquí pasa. Pero..... ¿eh? Un guardia.

ESCENA VI

DICHOS, UN GUARDIA.

- GUARDIA. ¿Vive aquí un obrero llamado Daniel?
DANIEL. Yo soy; ¿qué se le ofrece?

GUARDIA. Dice el señor Juez que tenga la bondad de acercarse un momento á su despacho.

DANIEL. (Al señor Pedro) ¿Qué querrá la autoridad conmigo?

Sr. PEDRO. Tal vez encargarte alguna obra.

DANIEL. (Al guardia) Está bien; diga usted al señor Juez que voy en seguida.

GUARDIA. Es inútil; tengo la consigna de acompañarlo.

DANIEL. Es decir, que voy preso?

GUARDIA. Lo ignoro.

DANIEL. Está bien; vamos.

Sr. PEDRO. Vamos, yo te acompañaré. Hasta luego, Carmencita. Pronto volvemos. (Váanse por el foro)

ESCENA VII

CARMEN.

Se marcha sin decirme una sólo palabra. ¿Irá preso? ¿Y por qué? ¿Él qué ha hecho? Esta escena dolorosa que acaba de pasar, me ha aniquilado. Daniel tiene razón: sí; yo lo he engañado. Quisiera poder remediar el mal que he hecho. (Pausa) Mi cabeza es un volcán. Multitud de ideas se agrupan en mi cerebro pidiendo reparación. Ah! Yo desvanezco! ¿Volverá pronto Daniel? Sí, que vuelva pronto. Yo quiero que vuelva. [Quédase adormitada].

ESCENA VIII

CARMEN, JORGE.

JORGE. La fortuna me favorece. Está sola. Ah! Pensaron que burlarse de mí era fácil. Ya Daniel no volverá. Tengo al león prisionero. Ya veremos quien gana á quien. (Dirigiéndose á Carmen) Y allí estás; sí. Y si supieras que vengo en tu busca. Que vengo á exigirte el cumplimiento de tus pasadas promesas. Ah, Carmen, me has engañado; pero yo me vengaré.

CARMEN. Ay! He sufrido un desvanecimiento. Debo haber dormido largo tiempo, porque he soñado cosas muy bellas. (Vuélvese hacia donde está Jorge y al verlo se levanta asustada) Ah, Jorge! Tú aquí? A qué has venido?

JORGE. Oh, alma mía, ¿Pensabas que había de abandonarte, dejarte así, sola, sin un cariño como el mío? No, Carmen; aquí estoy; vengo á visitarte; á hablar contigo; á convencerte de que á pesar de la traición que me has hecho, me amas todavía,

CARMEN. No, Jorge, márchate de aquí. Ya sabes que no me per-

- tenezco. Además, Daniel no tardará en venir. Salió hace rato.
- JORGE. Daniel no vendrá, Carmen; no volverá hasta que yo lo quisiera.
- CARMEN. (Asombrada) Qué estás diciendo?
- JORGE. Que Daniel no volverá. Acaban de prenderle y á esta hora debe estar bien encerrado en un calabozo.
- CARMEN. Y ¿por qué? Él, ¿que ha hecho? ¿De qué crimen se le acusa? ¿Qué delito ha cometido?
- JORGE. Pues el delito de quererte. El de haberme quitado tu corazón, que era mío. El de haber truncado mi felicidad. Ya ves tú si es delito y si merece estar en la cárcel.
- CARMEN. Y tú has hecho eso? ¿Y vienes á decírmelo así, con esa calma? Jorge, eres un miserable. Te arrojo de aquí; vete, vete pronto.
- JORGE. Que me marche de aquí? Qué estás diciendo, Carmen? Cres por ventura que es tan fácil olvidar un cariño como el mío? No, Carmen, eso está fuera de razón.
- CARMEN. Sólo sé que soy la esposa de otro hombre y que he de serle fiel pese á quien pese.
- JORGE. De manera que todo aquel cariño que me jurabas no hace mucho, ¿era mentira?
- CARMEN. No; pero hoy ¿ya no puedo amarte.
- JORGE. Bien; me arrojas de tu lado; me niegas tu cariño; Carmen, eres ingrata. Pero óyeme: escúchame dos palabras. Sólo para decírtelas he venido: deseo hablar contigo á solas, largo rato; quiero oír tus disculpas; convencerme de tu traición. Al amanecer, he de verte arriba, en tu nueva casa; ¿lo oyes?
- CARMEN. [Con energía]. Oh, no, nunca, nunca.
- JORGE. Mira, Carmen; creí que la palabra nunca estaba demás para conmigo. Mañana, muy temprano, he de hablarte á solas arriba, en tu habitación y tú me esperarás y me abrirás.
- CARMEN. Repito que nunca, Jorge. No cometeré yo semejante infamia. Hablas locuras.
- JORGE. Sí, me abrirás, porque sino; óyelo, Carmen: mañana mismo haré conocer de todos tu deshonra.
- CARMEN. Oh, Dios mío. Y ¿serás tú capaz de cometer semejante infamia; tamaña cobardía?
- JORGE. ¿De que no seré yo capaz por tu amor?
- CARMEN. No; pero tú me engañas, Jorge. Tú no harás eso, ¿verdad?
- JORGE. Si, lo haré, Carmen. Si no aceptas mi cita, pregonaré tu falta y haré que todo el pueblo sepa quién eres. Y lo sabrá también Daniel; y si tiene vergüenza te arrojará de aquí como á una mujer perdida. En cambio si accedes á lo que te pido, guardaré el más inviolable secreto. Elije; responde: ¿me esperarás? ¿me abrirás?
- CARMEN. Bien, Jorge, si te esperaré. ¿Qué voy á hacer ante mañana proposición?
- JORGE. Exijo tu juramento.
- CARMEN. Te lo juro por el alma de mi madre.
- JORGE. Ya sabías que serías razonable. Mañana al despuntar el alba estará á la puerta de tu habitación.
- CARMEN. Si, pero vete ya; gente ha de venir y es preciso que ignoren tu presencia aquí; de lo contrario estaría todo perdido.
- JORGE. Ya me voy; pero antes permite que selle tu juramento con un beso de amor. (Acercándosele)

- CARMEN. Oh, no; eso ya es demasiado. Eso jamás. (Rechazándole)
- JORGE. Carmen! [Carmen vá á pasar por la puerta de la izquierda y Jorge le cierra el paso]
- CARMEN. Nunca. Déjame paso, Jorge.
- JORGE. No será sin que antes bese tus ardientes labios, como antes los besaba.
- CARMEN. (Con energía) Jorge de Luna: en el nombre de mi honra te ordeno que me dejes libre el paso. Atrévete á tocarme un solo cabello. Paso. Lo exijo. (Al pronunciar Carmen estas última palabras, Jorge inclinará la cabeza y dejará pasar á Carmen, quien avanzará hasta la puerta y desde allí dirá:) Eres un cobarde. (Váse.) Esta escena queda recomendada al talento de la actriz.

ESCENA IX

JORGE, SEÑOR PEDRO. (Este último aparece por el foro al pronunciar Carmen las últimas palabras.)

- Sr. PEDRO. Sí; un miserabley un cobarde.
- JORGE. Don Pedro.
- Sr. PEDRO. De qué le sirve llevar títulos y gozar fortuna, si tiene usted corrompida el alma?
- JORGE. Y usted quién es para que me hable de tal manera?
- Sr. PEDRO. Soy un hombre honrado y eso basta para que incline usted la cabeza como acaba de hacerlo ante una indelensa mujer, y abandone esta casa; á donde entró no hace mucho con torpe intento.
- JORGE. Ni es usted el dueño de esta casa, ni soy yo quien permita su lenguaje.
- Sr. PEDRO. No soy el dueño de esta casa; pero todo hombre de bien, que vé asaltado un hogar por ladrones, y con mayor razón si son ladrones de honra como usted; tiene el derecho de arrojar al salteador, ó hacer que le arrojen, cuando se encuentra uno enfermo y anciano sin fuerzas para castigar.
- JORGE. Si las consideraciones de que es usted un pobre viejo, no me lo impedirían, yo sería quien castigara su insolencia.
- Sr. PEDRO. Usted á mí?
- JORGE. Y si supiera usted los derechos que tengo sobre esa mujer, cerraría los labios á tamañas injurias.
- Sr. PEDRO. ¿Usted derechos sobre esa mujer? Y ¿cuáles son esos derechos?
- JORGE. ¿Quiere usted saberlos? Pues bien; escuche; tengo derechos sobre esa mujer, porque me ha amado intensamente; aún más, me ama todavía; tengo derechos sobre esa mujer, porque no hace mucho me esperaba oculta entre las sombras de la noche y se entregaba á mis caprichos y me abandonaba su honor, como pudiera haberlo hecho la más liviana de las mujeres de arrabal.

Sr. PEDRO. [tomándole fuertemente de un brazo] Mientes, miserablemente; mientes de la manera más canalla; agregas á la infamia la calumnia y no te basta destrozar un corazón, sino que traes el barro de la calle para manchar un hogar honrado.

JORGE. Suelte usted. Y si duda de mis palabras.....

Sr. PEDRO. Sí; dudo; más aún no lo creo.

JORGE. Pregunte usted ahora mismo á esa mujer, que ella tendrá que confesarlo.

Sr. PEDRO. Sí; es preciso; necesito oírlo de sus labios; no es posible. Carmen, Carmen. (Llamando)

ESCENA X

DICHOS, CARMEN.

Sr. PEDRO. Ven acá. Ven, escucha lo que dice este hombre.

CARMEN. Todavía aquí?

JORGE. Sí; todavía.

CARMEN. Y ¿qué quiere?

Sr. PEDRO. Dice que estás manchada. Que antes de casarte con Daniel, has entregado tu honra, como una muchacha perdida. ¿Qué dices de esto? ¿Verdad que es una infamia? ¿Verdad que es una calumnia? Contesta.

CARMEN. (Defándose caer en un sillón y ocultando el rostro) Es verdad, señor Pedro.

Sr. PEDRO. Desgraciada, ¿qué has hecho? Has matado al pobre Daniel. [Volviéndose á Jorge] Y todavía está usted aquí, ladronzuelo de honras? Salga usted de esta casa; pronto. Usted mancha lo que pisa.

JORGE. [Exaltado] Don Pedro.

Sr. PEDRO. Salga usted; miserable. [le señala imperiosamente la puerta del foro y Jorge sale]

TELÓN

ACTO III

La escena representa la calle de un pueblo. Telón en primer término.

ESCENA I

PACO, PEPIN, OBREROS.

- PEPÍN. Parece increíble, ¿verdad?
PACO. Te digo que aquello no puede ser.
PEPÍN. Desgraciadamente es cierto. El pobre Daniel está preso. Y, vamos, que es fatalidad: de la iglesia á la cárcel.
PACO. Lo más raro es que todo el mundo ignora la causa de su prisión.
OBRERO. Y Carmen?
PEPIN. Carmen nada sabe. El señor Pedro y don José se han dirigido al señor Juez para que les explique el misterio; pero éste, mudo. Dice que se trata de un asunto delicado, que no puede revelar á nadie.
PACO. Y ¿no serán estas maquinaciones del señorito?
PEPÍN. ¿De don Jorge? Tal vez. Ese hombre es capaz de todo lo malo.
OBRERO. Y como la prisión de Daniel coincide con.....
PEPIN. (Interrumpiéndolo) su matrimonio; claro, que es casi seguro que el señorito está bailando en la danza.
PACO. Pues yo no me explico los motivos que hayan para ponerle preso. Él es un muchacho, honrado, trabajador, enemigo de enredos y, vamos, incapaz de una mala acción.
PEPIN. En fin; mañana lo sabremos. Supongo que la verdad se descubrirá pronto y que veremos al pobre Daniel libre de todo enredo.

OBRERO. Buen pago le han dado en cambio de su heroísmo.
 PEPIN. Se me ocurre una idea.
 PACO. Veamos cual.
 PEPIN. Vosotros todos estáis de parte de Daniel, ¿verdad?
 OBRERO. Indudable.
 PACO. Pues es claro; y no hay en el pueblo un sólo obrero que no lo esté.
 PEPIN. Pues propongo lo siguiente: reunir á todos los muchachos de la fábrica y apoderarnos del señorito y tenerle bien encerrado hasta que Daniel esté libre. Una vez que esto suceda, veremos, la parte que él haya tomado en lo de la prisión y entonces le escarmentaremos como se debe.
 PACO. Magnífico. Respondo que tu idea será aceptada con alegría por todos.
 OBRERO. De manera que luego.....
 PEPIN. Dejad eso á mi cuidado; así que amanezca arreglaremos el plan, si Daniel continúa preso. Que si lo ponen en libertad y el señorito tiene la culpa de su prisión, no quisiera encontrarme en su pellejo. Ahora, marchémonos á descansar un rato; nuestra ronda ha terminado y no tardará en amanecer; son las cuatro.
 PACO. Quedamos en que.....
 PEPIN. Nos reuniremos aquí, en el cuarto de don José; no olvidéis avisar á todos los compañeros. (Mirando hacia la izquierda) ¿Eh? Alguien se acerca. ¿Veis á un hombre que se dirige hacia acá?
 PACO. Efectivamente.
 OBRERO. ¿Quién podrá ser?
 PEPIN. Silencio; es el señorito. Vámonos sin hablarle. Que no sospeche. (Se dirigen á la izquierda, pero regresan á la llamada de Jorge).

ESCENA II

DICHOS, JÓRGE.

JÓRGE. Hola, muchachos. Venid acá.
 PEPIN. Señorito. (Quitándose la gorra).
 JÓRGE. ¿Qué hacéis á esta hora y en este barrio?
 PEPIN. Terminábamos nuestra ronda sin novedad y nos vamos á descansar, señorito.
 JÓRGE. Esperad un momento. Tengo que hablaros.
 PEPIN. Si el señorito se digna.....
 JÓRGE. Bien, escuchad: (ap) Pongamos mi plan en obra. [Alto] ¿Sabéis que vuestro compañero Daniel se encuentra preso?
 PEPIN. Sí, señor, y lo deploramos. Aún no sabe nadie la causa de su prisión.
 JÓRGE. Como! ¿no sabéis lo que ha hecho ese desventurado?
 PACO. Nada sabemos, señorito.
 JÓRGE. Pues ese muchacho ha sido acusado de haber penetrado á mi habitación y haberme robado una cantidad de dinero para casarse.

- PEPIN. Dispénseme el señorito, pero eso que me cuenta es imposible. No hay en todo el pueblo un muchacho más honrado que Daniel.
- PACO. Eso es una calumnía.
- OBRRERO. Una infamia.
- JORGE. Sea lo que sea, lo cierto es que seguirá preso hasta que se vindique de esa acusación.
- PEPIN. Y ¿Quién le acusa?
- JORGE. Yó.
- PEPIN. Pero, ¿tiene usted pruebas contra él, señorito?
- JORGE. Téngalas ó nó, seguirá preso; y para no ocultaros nada, os diré que lo he hecho, porque así me conviene.
- PEPIN. A usted, señorito?
- JORGE. Sí.
- PACO. Pero estáis seguro de que él sea el ladrón?
- JORGE. Veo, muchachos, que no sois tan listos como os creía. Yo he acusado á Daniel de ese robo que no ha existido jamás, porque necesito librarme de su presencia hasta mañana.
- PACO. Y ¿por qué hacer eso?
- JORGE. Qué! ¿No lo habéis adivinado? Torpes sois.
- PEPIN. No comprendo los motivos que tenga el señorito.
- JORGE. Pues le he hecho prender, porque no quiero que pase esta noche en su habitación. Pero no tengáis cuidado por vuestro compañero. Mañana le veréis en libertad. Todo se reducirá al disgusto de pasar una noche en un calabozo de la cárcel, en vez de pasarla al lado de su mujer, la primera noche de la boda.
- PEPIN. Y ¿por qué no pasarla en su casa?
- JORGE. Porque Carmen me está esperando ahora en su habitación y no quiero que nos importune.
- PEPIN. (Asombrado) ¿Qué Carmen espera á usted? Es imposible, señorito.
- JORGE. Sí; Carmen me espera en este momento. Ha prometido abrirme la puerta de su nueva casa. Y para que no lo dudéis más, ved que ya subo, pues esta es la hora de la cita. [Vá á subir y desde la puerta regresa] Ah! Y como quiero que vosotros también toméis parte en mi regocijo, allá vá ese duro para que lo bebáis á mi salud y á la de Carmen. (Les dá una moneda) Já, já, já. Me voy á divertir. (Váse)

ESCENA III

PEPIN, PACO, OBREROS.

- PEPIN. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo! ¿Qué cosas se ven, Dios mío!
- PACO. Y no hay que dudarlo. Vedlo; sube. Se dirige al cuarto de Carmen.
- OBRRERO. Esto es increíble.
- PACO. Yo que hubiera puesto mis manos en el fuego por esa muchacha.

- OBRERO. Nunca lo hubiera creído. Hasta este momento habría jurado que la calumniaban.
- PACO. Como que para levantar calumnias y deshonar mujeres, está listo todo el mundo.
- PEPIN. Y para más.
- OBRERO. Y el pobre Daniel encerrado. Sin sospechar nada de lo que pasa.
- PEPIN. Bueno, muchachos. Creo que estamos perdiendo el tiempo en lamentaciones inútiles. Aquí lo que nos corresponde como amigos de Daniel, es ver claro. ¿Cuál de vosotros sube tras el señorito y se convence de que efectivamente entra en la habitación de Carmen?
- PACO. Iré yo.
- PEPIN. Bien; vé y vuelve pronto; te esperamos en la taberna del frente. [Váse Paco por la puerta de la derecha por donde ha entrado Jorge. Pepín y el obrero se dirigen hacia la izquierda.]

ESCENA IV

PEPIN, OBRERO, luego DANIEL.

- OBRERO. Mira, Pepín, que el pobre Daniel está perdido, no hay que dudarlo. Si llega á enterarse.....
- PEPIN. Lo sabrá. Y buena vá á ser la que se arme. (En momentos que se dirigen hacia la izquierda, aparece Daniel)
- ¡Daniel!
- OBRERO. ¡Daniel!
- DANIEL. Hola, Pepín.
- PEPIN. ¿No estabas preso?
- DANIEL. Preso y acusado de ladrón. ¡Yo señalado por robo! Mira Pepín, quees para volverse loco.
- PEPIN. Y, ¿cómo te encuentras en libertad?
- DANIEL. Escucha; después de diez horas de prisión, sin saber la causa por qué se me retenía; haré pocos momentos, me mandó llamar el señor Juez y me dijo que el señorito Jorge de Luna, me había acusado de un robo en su cuarto; pero que como de las averiguaciones hechas, no resultaba ningún cargo contra mí, me ponía en libertad. Pero esa acusación es una infamia.
- PEPIN. Sí: una infamia y las infamias se pagan con sangre. Eso corre de mi cuenta, Pepín; ya verás.
- DANIEL. [ap. al Obrero] Y si ahora pretende subir á su casa, se vá á lucir el señorito. [Alto] Pues mira Daniel; nosotros hasta hace poco hemos ignorado los motivos de tu prisión.
- DANIEL. Ya los sabéis, pues, amigos míos. Ahora, hasta mañana; Carmen debe estar intranquila.
- PEPIN. (ap) Y tan intranquila. (Daniel vá á dirigirse á la puerta de la casa, cuando aparece Paco en ella, asombrado de ver á Daniel)

ESCENA V

DICHOS, PACO.

BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO-ECUADOR

PACO. ¡Daniel!

DANIEL. Hola, Paco.

PEPIN. (ap. á Paco) Qué hubo?

PACO. (ap) Es cierto; lo he visto entrar.

PEPIN. Mira, Daniel. Espera un momento; vamos un rato á la taberna.

DANIEL. Gracias, necesito descansar.

PEPIN. [Queriendo detener á Daniel que intenta subir.] Por Dios, Daniel.....espera un poco.....un instante.....mira.... subirás luego.

DANIEL. ¿Eh? ¿Qué es esto? Por qué os miráis de ese modo? Qué misterio hay aquí?

PEPIN. Mira; te contaré..... Pero luego..... Ven con nosotros.

DANIEL. (Exasperado) Basta ya. A ver; explicáos; ¿por qué os habláis en voz baja y me miráis con extrañeza? ¿Por qué ese empeño en que no suba á mi habitación, cuando Carmen debe esperarme impaciente? A ver, tú, Pepín; explícate. Yo te lo mando.

PEPIN. Bien, Daniel, escucha, te diré la verdad. Poco antes de que llegaras y cuando nos dirigíamos á nuestras casas, después de terminar nuestra ronda, se presentó aquí el señorito.

DANIEL. Don Jorge!

PEPIN. Sí y nos llamó diciéndonos que tenía que hablarnos de tu prisión.

DANIEL. ¿De mi prisión?

PEPIN. Sí; nos dijo que él mismo te había acusado de haberle robado dinero de su habitación, para casarte.

DANIEL. Miserable!

PEPIN. Que en verdad, tal robo no existía; pero que lo había hecho porque tenía empeño en tenerte separado por esta noche de tu casa, pues le estorbabas.

DANIEL. Sigue, sigue; dímelo todo. Oh! Ya voy comprendiendo.

PEPIN. Nos dijo..... nos dijo.....

DANIEL. Acaba; ¿qué os dijo?

PEPIN. Que Carmen lo esperaba en estos momentos en su habitación donde le había dado una cita.

DANIEL. [Tomándole violentamente de un brazo] Mientes, miserable; eso es una mentira infame. Eso no es posible; no puede ser.

PEPIN. Pregúntalo á los demás que lo han oído de labios del señorito, no hace mucho.

PACO. Daniel; Pepín ha dicho la verdad. No solamente hemos oído decir eso al señorito, sino que le hemos visto subir á tu habitación, á donde ahora se encuentra.

DANIEL. (Al oír estas palabras se arroja hacia la puerta) Arriba! ¿Has dicho que está arriba? ¡Maldición! (Retrocede apresuradamente donde los obreros.) Ah, pero oíd: vosotros vendréis conmigo. Es preciso que os convenzáis de que eso que decís es una mentira. Es imposible que haya hombres tan miserables y mujeres tan infames. Sí; vendréis conmigo. Os convenceréis de la ver-

dad, cualquiera que ella sea. Sólo una cosa os pido: que me dejéis entrar el primero, solo. Quiero convencerme antes que nadie de mi desgracia. Vosotros esperaréis afuera. Ya sabéis que no hay más que una salida; una sola. Si ese hombre ha entrado allí, allí le encontraréis y allí comprenderéis de lo que soy capaz. Venid, venid. Es imposible. Ah! Si fuera cierto! Poca sería su sangre para lavar mi honor. (Entra precipitadamente seguido de los obreros).

TELÓN RÁPIDO.

CUADRO II

La escena representa una habitación completamente cerrada, con una puerta al fondo. A la derecha en segundo término, una ventana abierta. Moviliario pobre.

ESCENA I

CARMEN, JORGE.

CARMEN. Bien, Jorge, ya estás aquí. Ya te he abierto la puerta de mi casa. Ahora, dime: ¿qué deseas de mí?

JORGE. Siéntate, Carmen, y hablemos con calma; como dos buenos amigos.

CARMEN. [Sin sentarse] Di pronto lo que tienes que hablarme y vete; pero vete muy lejos; que no vuelva yo á oír hablar de tí,

JORGE. Ante todo, Carmen, quiero que me digas, ¿por qué me has engañado? ¿Por qué te has unido á ese hombre?

CARMEN. Ya te he dicho que esa pregunta es inútil.

JORGE. Bien; escucha, pues, lo que tengo que decirte. Voy á arrojar la careta y á presentarme ante tí como soy. Carmen, yo te he amado como nadie amó en el mundo; soñé pasar á tu lado horas de ventura, infinitas, gozando de tu amor; te ofrecí un porvenir risueño, lleno de halagos y tú has pagado á mi cariño traicionándome villanamente. Al fin eres hija del pueblo. Eres quien eres. Bien se conoce que no desmientes tu estirpe.

- CARMEN. Me estás insultando, Jorge. Estás abusando de mi debilidad de mujer. ¿Eso era lo que tenías que decirme?
- JORGE. No te impacientes, Carmen, y escúchame con calma. Tus arrebatos no me cerrarán los labios, ni me impedirán hablarte como deseo.
- CARMEN. Habla; pero concluye de una vez.
- JORGE. Me has engañado, sí; pero sabe que hoy todo el amor que te guardaba, se ha convertido en mí, en un rencor insaciable y que ahora sólo pienso en la venganza. ¿Sabes tú lo que he hecho? ¿Sabes para qué te he pedido esta cita? Escucha: aquí abajo, en la puerta de tu casa, he reunido á varios mozos del pueblo, para que presencien nuestra entrevista; para que se convenzan de lo que eres tú capaz.
- CARMEN. Y ¿tú has cometido ese crimen?
- JORGE. De qué no seré yo capaz por tí? ¿Qué me importa perderse si he perdido tu amor?
- CARMEN. Ah, miserable; me has enfangado en tu lodo. Retírate de aquí ahora mismo ó daré voces.
- JORGE. Y ¿qué sacarías con dar voces? Formar un nuevo escándalo y que se haga más pública tu deshonor? Mejor que mejor; así será mayor mi venganza.
- CARMEN. Jorge, eres un miserable; un mal hombre. Yo te desprecio con todo mi corazón. Tarde comprendo quién eres.
- JORGE. Ah! Juré vengarme de tí y ya vez que lo cumplo. Tí no hiciste otro tanto cuando juraste amarme toda la vida.
- CARMEN. Veo que te estás vengando cruelmente.
- JORGE. Todavía no lo sabes todo, Carmen.
- CARMEN. Has hecho más aún?
- JORGE. Sí; es preciso que salgas ahora mismo conmigo. Lo he prometido á los que abajo me esperan y, ya lo vez, es indispensable.
- CARMEN. Oh, nunca, jamás; infame.
- JORGE. Yo no me vengo á medias. Carmen. Te tengo aquí enjaulada y tendrás que sujetarte á mi voluntad, mal que te pese. He prometido salir contigo de aquí y conmigo saldrás quieras ó no. Grita; dá voces; nadie te oirá; nadie vendrá á defenderte, y si vinieran se realizaría lo que deseo: un gran escándalo. Vamos, sé razonable.
- CARMEN. Ah, Daniel, Daniel; ¿por qué no estás aquí?
- JORGE. Daniel! Daniel no vendrá Carmen. Le tengo aprisionado. Así, pues, accede á lo que te pido, ó de lo contrario.....
- CARMEN. ¿Qué! ¿Qué harías si me resisto?
- JORGE. ¿Qué haría? Pues recurrir á la fuerza; ya lo ves; vengo resuelto á todo.
- CARMEN. Jorge: jamás hombre alguno ha sido tan malvado como tú. Me has perdido para siempre y día llegará en que pagues tu crimen. Ahora, escucha: estoy resuelta á no salir contigo de aquí, mientras esté con vida. Mátame; has lo que quieras; pero no saldré.
- JORGE. Es preciso; vendrás, vendrás. (la toma de un brazo y quiere obligarla á salir)
- CARMEN. (Resistiéndose) No; jamás.
- JORGE. Sí; de grado ó por fuerza.
- CARMEN. Nunca! Primero muerta.
- JORGE. Sí; vendrás.....conmigo. (En momentos que luchan, se abre la puerta del foro y se presenta Daniel, con el traje

en desorden, el que cierra la puerta y permanece apoyado en ella durante las primeras palabras de la escena siguiente]

ESCENA II

DICHOS, DANIEL.

- DANIEL. Ah, miserables!
- CARMEN. [Aparta con un movimiento á Jorge y corre á abrazar á Daniel que la rechaza] Daniel!
- DANIEL. Conque ¿era verdad? Conque ¿no me engañaron? Ah! Conque era verdad lo que á esos imbéciles oí? [Se dirige á Carmen violentamente] A ver; tú, explicate. ¿Por qué se halla este hombre en esta habitación y á esta hora?
- JORGE. [A Daniel] Escuchad.
- DANIEL. Usté se calla, caballero. Es preciso que todo el mundo ignore que ha entrado usté á esta casa á altas horas de la noche, como un ladrón, para robarme la honra; es necesario que nadie, nadie á excepción mía, sepa que esta mujer ha descendido hasta el más bajo nivel, hasta..... usté, para manchar el honrado hogar que no ha mucho le dí y que ya ha profanado.
- CARMEN. No, Daniel escucha: he sido culpable, sí; pero este hombre es más infame que yo. Antes de casarme contigo me ha engañado, me ha perdido! (Al oír estas palabras Daniel saca una navaja y se arroja sobre Jorge, pero al llegar hasta él, se contiene y arroja el arma al suelo.)
- DANIEL. Ah, miserable! Iba á matarle á usté, sin acordarme de que no puedo. Ni aún ese consuelo me queda. Si le matara á usté ahora mismo, encontrarían su cadáver aquí y se convencerían de mi deshonra. Ya vé usté en que circunstancias me pone el Destino. que me hace desear que usté viva.
- JORGE. Máteme usted, si quiere.
- DANIEL. No; aquí no, más tarde: afuera; ya verá usté. [Volviéndose á Carmen] Ahora, tú; discúlpate.
- CARMEN. Escucha, Daniel: este hombre te ha hecho aprisionar después de nuestra boda y me ha exigido esta cita, amenazándome divulgar mi falta, si no aceptaba; he sido débil, es verdad; pero él es un infame. Ha reunido abajo gente del pueblo para que me vieran salir con él y así vengarse de tí. Yo me he resistido á semejante infamia; Eso es todo. Ahora, júzgame como quieras; arrójame de aquí; pero te juro que después de ser tu esposa, no te he faltado ni siquiera con el pensamiento.
- DANIEL. (Después de una pausa, volviéndose á Jorge.) Caballero: es preciso que salga usté de aquí, ahora mismo. Es preciso para salvar mi honra y evitar una vergüenza más á esta mujer. Ya nos encontraremos cara á cara. Ahora, salga usté.
- JORGE. Bien. Me voy; pero tus insultos los pagarás con sangre.

- (Vá á salir por la puerta del foro, pero Daniel corre y le toma por un brazo, llevándolo al centro del proscenio)
- DANIEL. Ah! No! Me olvidaba! Si no puede usted salir por allí. Es imposible. Si usted saliera por allí, le verían los que afuera esperan y eso es precisamente lo que quiero evitar.
- JORGE. Pero, ¿por donde quiere usted que salga?
- DANIEL. (Con resolución) No hay más salida que esa, pero por esa no. Ya le he dicho á usted por qué. Yo quisiera ahora poder triturar su cuerpo; reducirlo á usted á la nada; volverlo espíritu, miasma, aunque fuera impuro, para poder arrojarlo.....(Al llegar aquí se fija súbitamente en la ventana abierta y exclama con exaltación) Ah! Sí! Ya tiene usted salida: por allí, por allí.
- JORGE. [Avanza hasta la ventana y retrocede] ¿Pero está usted loco? ¿Que salga por una ventana que dá á un precipicio?
- CARMEN. Daniel, ¿qué intentas?
- DANIEL. Intento salvar mi honra; ya lo ves. Si este hombre sale por aquí [señalando la puerta] está perdida. No hay otra salida que esa; (señalando la ventana) pues por allí.
- JORGE. Pero eso es una locura.
- DANIEL. No; no es locura, es justicia: por allí, es preciso; venga usted. [Toma á Jorge por los brazos y lucha con él hasta llevarlo cerca de la ventana, durante el diálogo que sigue. Al llegar al final de la escena lo levanta y lo arroja por la ventana. (Esta escena que debe ser muy viva, queda á cargo del buen juicio del actor)]
- JORGE. [Resistiéndose) No; jamás.
- DANIEL. Sí; venga usted.
- CARMEN. Daniel, Daniel, ¿qué intentas?
- DANIEL. Ya lo verás. Venga usted.
- JORGE. No, por mi vida.
- DANIEL. Sí; por aquí; por aquí; así.
- JORGE. (Cayendo) Jesús!
- DANIEL. Ya está. [Retrocede hasta el centro del proscenio].

ESCENA III

DANIEL, CARMEN.

- CARMEN. Daniel, ¿qué has hecho?
- DANIEL. He arrojado el miasma; el miasma que nos infestaba. Ahora, aquí no hay nada más impuro que tú.
- CARMEN. Mátame á mí también.
- DANIEL. No. A tí te condeno á tu misma vergüenza; á tu propio dolor.
- CARMEN. Bien castigada estoy.
- DANIEL. Eso no basta. (Se oyen fuertes golpes en la puerta del foro) Ah! Es verdad. Me olvidaba. Ya pueden entrar. (Corre hacia la puerta y la abre con estrépito).

ESCENA ULTIMA

DICHOS, PEPIN, PACO, OBRERO.

DANIEL. Venid, entrad, buscad; nadie hay aquí.
PACO. Yo habría jurado que don Jorge.....
DANIEL. Sois unos imbéciles para comprender toda la honradez de esta mujer.
CARMEN. (ap) Qué castigo, Dios mío.
DANIEL. Ya lo sabéis: es un ángel, incapaz de semejante infamia.
PEPÍN. En efecto, nos hemos equivocado.
DANIEL. Ya véis, pues, como está limpia, sin mancha, la honra del obrero.

TELÓN

FIN DEL DRAMA.

PRECIO: UN SUCRE

OBRAS DEL AUTOR

- En Espera.** (Monólogo)
- Honra de Obrero.** (Drama representado)
- Crimen Social.** (id. id.)
- Sangre rebelde.** (id. inédito)
- A Cadena perpetua.** (id. id.)
- El Descubrimiento de Colón.** (Comedia)
- El Parpadeo.** (Juguete cómico)
- La Frontera.** (id. id.)
- Fraternidad.** (Diálogo)
- Sonámbulas.** (Versos líricos)
- De Combate.** (id. patrióticos)
- Almas errantes.** (Poesías completas)
- De mi cartera.** (Prosa)

EN PREPARACION

- El Osario.** (Drama)
- El 606.** (Comedia)
- Concepción.** (Versos líricos)
- Conferencias literarias.** (Prosa)